

Editorial

De la explosión de la galaxia Gutenberg o del fin de la cursiva

HUGO R. MANCUSO

En nuestro editorial de diciembre del pasado año, hicimos una primera aproximación a lo que llamamos la «metáfora de la inteligencia artificial» planteando algunos aspectos vidriosos y alienados en tanto el mismo concepto de «inteligencia» no humana y de la supuesta artificiosidad de la misma, señalando además algunas cuestiones relativas a su potencial de manipulación y censura «implícito». Asimismo, insistimos en que tales disyuntivas fueron anticipadas, al menos parcialmente, por las utopías (o distopías) de fines del siglo XIX, en las primeras novelas ciencia ficción pura de Jules Verne y Emilio Salgari y vislumbrada incluso, por Cyrano de Bergerac.

En esta ocasión trataremos una dimensión complementaria y consecuencia también de la proliferación del mundo digital, artificial y logarítmico, incluso más simplemente, de la expansión excluyente del contexto de las pantallas ya desde la segunda posguerra con el nacimiento de la televisión.²

El primer síntoma de un profundo cambio —primero psicomotriz y luego cognitivo— en relación con el pensamiento lógico, lingüístico y la cognición en general, se comenzó a manifestar hace unos treinta años con el paulatino descarte de la escritura cursiva por parte de las jóvenes generaciones con una velocidad creciente. En efecto en los inicios del siglo XXI, las generaciones más jóvenes mostraban ya grandes dificultades para dominar primero la cursiva y luego, muy rápidamente, la letra manuscrita de molde o «imprensa».

La caligrafía cursiva, nacida en la época de Carlomagno como una forma de escritura rápida para facilitar la tarea de los copistas —como revela su etimología latina: *cūrrēre*, que significa «correr», se ha convertido en un serio obstáculo para estudiantes de todos los niveles y para un número cada vez mayor de adultos. La tendencia actual es tratar la cursiva como un objeto de colección, de museo, que ha llegado al final de su ciclo de vida.

Impulsados por varias líneas de investigación que sugieren firmemente el uso de dispositivos digitales como sustituto de la cursiva, destacamos las indudables ventajas de la mecanografía digital electrónica. Es, de hecho, una forma de comunicación que optimiza

¹ Remitimos para la cuestión a W. M. McLuhan [5].

el tiempo, además de ser fiable. Nos ayuda a navegar por los laberintos de la burocracia, permitiéndonos dictar y redactar documentos impecables y añadir todas las firmas necesarias con un rápido toque en una pantalla táctil. Es útil para redactar listas o cuando queremos ceder a lo que Umberto Eco llamó «vértigo de listas». También es útil en las glosas y notas marginales que usamos a diario; y en los momentos de calma paralizantes de aburrimiento. Hoy en día, incluso lo usamos con frecuencia para redactar esos breves memorandos, típicos de cualquier léxico familiar, conocidos como apuntes o mensajes autoadhesivos o «postit». Finalmente, nos rescata cuando necesitamos tomar notas para estudiar o indagar. Basándose en estas investigaciones y en las aplicaciones ágiles desarrolladas para facilitar la mecanografía, a principios de la década de 2000, algunos sistemas escolares han decidido reestructurar, reducir y, en casos extremos, eliminar la enseñanza de la cursiva.

No obstante, el pregrafismo, la preescritura y las formas comprensibles de caligrafía todavía se incluyen plenamente entre las habilidades de aprendizaje que deben activarse en ese segmento crucial de la educación obligatoria: la escuela primaria.

Sin embargo, incluso los métodos de enseñanza actuales de la escritura a infantes, se han adaptado a la nueva tendencia y ahora dedican mucho menos tiempo que antes al desarrollo del rasgo gráfico y ni que hablar de la forma bella de la «caligrafía». Nadie quiere menospreciar los beneficios de escribir a máquina. Tampoco queremos proponer al sistema educativo que reviva prácticas y métodos de enseñanza del siglo pasado, cuya implementación en el mundo actual estaría condenada al fracaso. Sin embargo, también debemos decir y subrayar, que la escritura es un fenómeno neuronal bastante complejo. Debemos prestarle mucha atención. Ante todo, hay una verdad fundamental: no sabemos qué mutaciones afectarán a nuestra especie. Incluso ahora, sin embargo, el *Homo sapiens* no es «un algoritmo obsoleto» como lo llama algún «filósofo» que *nos* suena a infame [3]. Como cualquier otro animal, seguimos aprendiendo a través de nuestro cuerpo [2] y nuestras habilidades motoras siguen conectadas con los sentidos [1]. Y pensar, actuar y escribir siguen siendo actividades intrínsecamente conectadas. La neurociencia nos dice que el acto de escribir a mano, del cual la cursiva es la forma más evolucionada y la máxima expresión, no es una simple habilidad; es una *poderosa herramienta de aprendizaje*. Involucra diversas áreas cerebrales y activa procesos cognitivos vitales, que se han perfeccionado a lo largo de seis milenios. No podría ser de otra manera. Como nos recuerda Telmo Pievani, la mano «es una extremidad cuya versatilidad rivaliza con la del cerebro y que nos convierte en sapiens, los sapiens que somos». El aumento repentino de la disgrafía, que ha aumentado un 163 % en menos de 10 años, no es, por lo tanto, motivo de alarma en las escuelas. Al contrario, debe gestionarse como lo que es y representa: una emergencia que la sociedad en su conjunto debería abordar. De hecho, la fluidez y suavidad del trazo gráfico no solo garantizan un movimiento de la mano suelto, bien dirigido, continuo y ágil —también para otras actividades— sino que, incluso, es maravillosamente personal: sin caligrafía no habría, no hay, no habrá, ni inferencia grafológica ni grafismos forenses.

La escritura, en especial cursiva, crea las condiciones para estructurar y consolidar patrones cerebrales que son cruciales para nutrir y cultivar el pensamiento de los cuales no podremos saber si se mantendrán, mutarán o se perderán irremediablemente como el cálculo mental, ya dificultado y deteriorado en las generaciones posteriores a la década de los 80 del siglo XX.

Pero no termina acá la señalización. Debemos preguntarnos cómo redundará esta destreza potencialmente perdida o en curso de pérdida o empobrecimiento, en otra habilidad derivada o por lo menos conectada: la simple lectura: ni siquiera pensamos en la «lectura lenta» barthesiana ni deconstructiva, sino la simple lectura decodificativa de una simple lista de compras o de tareas para hacer.

Es por ello que algunos «visionarios» más apocalípticos que integrados predicen dos cuestiones conexas: a) que la lectura será la habilidad más importante en el siglo XXI y que en pocas décadas una de las profesiones más demandadas será la filología, clásica o románica. No solo por su objeto de estudio, sino también por su secular tradición metodológica.

Al ritmo al que están bajando las ratios de lectura y de *concentración*, que una persona sea capaz de leer y memorizar conocimiento será una habilidad única en la sociedad. La filología podría ser definida como la ciencia de la lectura de lo ausente: es decir, saber seguir una trama, para ser capaz de extraer lo verdaderamente importante de un texto: lo que no se dice. Leer entre líneas es una habilidad que se ha de trabajar igual que cualquier otra. Los filólogos se pasan años buscando leer más allá de la obra, entender por qué tal personaje actúa de tal manera o tal otra. En los tiempos que corren no solo es importante saber qué es la desinformación, la *fake news* o la postverdad,² sino entender de dónde viene, por qué se nos está infiltrando, nos la están plantando y por qué está calando. Los próximos cambios sociales no se están produciendo en las calles, se están generando a golpe de teclado y, por ahora, la veracidad está perdiendo la batalla.

La inquietud es fácilmente contrastable, y no es exagerada: no nos referimos a la comprensión de una obra filosófica o de un monumento literario, no. Nos referimos a que la «gente» no sabe leer un *email*. O no atiende bien y se equivoca. O directamente no se consigue el efecto necesario con ese correo y acaba creando una montaña de correos secundarios que atasca todo el trabajo.

Siempre podemos volver a Wittgenstein evocando una de sus máximas, a saber: «los límites del lenguaje son los límites de mi mundo». Obviamente es así, pero si queremos expandir los límites de nuestro mundo debemos expandir nuestro lenguaje. Pero, en la actualidad, asistimos también a otra situación complementaria, parcialmente paradójica y que no había pasado inobservada a la semiótica de la cultura y a la teoría general de sistemas: el fenómeno de la retroalimentación o de *re-alienación*. Es decir, al juego performativo de interacción entre el software que crea imitando las capacidades humanas y los humanos que modelan su existencia a partir de las capacidades de las máquinas. A qué puerto nos conducirá esta situación es aún una cuestión sin respuesta.³

² Remito a mi artículo «Indagaciones acerca de la postverdad» [4].

³ En una comunicación personal reciente, el prestigioso colega y amigo, Humberto Tittarelli nos comentó el desarrollo de investigaciones suyas en curso en las cuales está esbozando —bajo el concepto provisorio de «indistinción» a modo de espectro hauntológico— un estado de cosas en las cuales «el cerebro humano, cada vez más conectivo, va perdiendo capacidades psíquicas y por ello este nuevo apego organiza un nuevo estándar identitario al que llama *indistidad*».

Referencias

1. Belpoliti M. Nord Nord. Turin: G. Einaudi; 2025.
2. Castellanos N. Neurociencia del cuerpo. Cómo el organismo esculpe el cerebro. Barcelona: Kairós; 2022.
3. Harari YN. Sapiens. De animales a dioses: Breve historia de la humanidad. Barcelona: Debate, 2020.
4. Mancuso HR. Indagaciones acerca de la postverdad. *Adversus*. 2016; 13(31):1-46. <https://www.adversus.org/ojs/index.php/adversus/article/view/42/48>
5. McLuhan WM. *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man*. Toronto, Buffalo, London: University of Toronto Press; 1962.

Reproducción en nuestra tapa



Juan Alberto Arjona. *Almalarios de arcilla, formas ofrendarias* (serie 2019-2023), cerámica, 20 cm de altura x 9 cm de diámetro

Agradecemos a Juan Alberto Arjona la autorización otorgada para su reproducción en nuestra tapa

Datos de contacto: <https://www.facebook.com/share/17jLZL7qsi/>
Mail: arjonajuanalberto@gmail.com